

dras preciosas; abusaba del galoneado. Montaba á caballo en silla de hombre, no obstante la invención de las sillas de mujer, introducida en Inglaterra en el siglo xiv por Ana, esposa de Ricardo II. Lavábase el rostro, los brazos, los hombros y la garganta con azúcar cande, desleído con el blanco del huevo, según la moda de Castilla. Cuando se hablaba espiritualmente con ella, quedábale una risa de reflexión, de gracia singular.

## IV

## MAGISTER ELEGANTIARUM

Josiana se fastidiaba, como con facilidad se puede comprender.

Lord David Dirry-Moir gozaba de situación magistral en la vida divertida de Londres. *Nobility* (1) y *gentry* (2) le veneraban.

Una de las glorias de lord David fué la de atreverse á llevar su propio cabello. Principiaba la reacción contra la peluca. Así como en 1824 Eugenio Devéria fué el primero que se dejó crecer la barba, en 1702 Price Devereux fué el primero que se atrevió en público, disimulado por pintoresco rizado, á salir con su cabello natural. Arriesgar el cabello es casi arriesgar la cabeza. Motivó la indignación universal, á pesar de ser Price Devereux Vizconde Hereford y par de Inglaterra; le insultaron, y ciertamente había motivo.

En lo más recio de la silba apareció de improviso lord David, también con su propio cabello, sin peluca. Esos acontecimientos anuncian el fin de las sociedades. Lord David sufrió igual suerte que el Vizconde Hereford, pero la desafió. Price Devereux fué el primero y lord David el segundo, pero algunas veces es más difícil ser el segundo que el primero; se necesita para esto menos genio, pero más

(1) Nobleza.

(2) Clase media.

valor: el primero, entusiasmado por la innovación, puede no comprender el peligro; el segundo ve el abismo y se arroja en él. Más tarde fueron imitados, y después de esos dos revolucionarios, tuvieron muchísimos el atrevimiento de peinarse el cabello, y por fin inventáronse los polvos como circunstancia atenuante.

Para fijar al paso este trascendental punto de la historia, debemos decir que la verdadera prioridad de la guerra á la peluca, pertenece á una reina, á Cristina de Suecia, la que usaba trajes de hombre, y se presentó en 1680 con su cabellera natural empolvada y rizada y sin adorno alguno en la cabeza. Dicha reina tenía algunos pelos en la barba, según dice Misson.

Por su parte, el Papa, por la bula de marzo de 1694, combatía en cierto modo la peluca, haciéndola quitar de la cabeza de los obispos y de los prelados, y ordenando que las gentes de la Iglesia se dejasen crecer el cabello.

Lord David no gastaba, pues, peluca, y se ponía botas de piel de vaca. Estas cosas le atraían la admiración pública, y no existía club en que no fuese el leader, ni boxería donde no fuese el árbitro. Examinaba los documentos de muchos círculos de la high-life; estableció fundaciones de la elegancia, una de las que, *Lady Guinea*, existía todavía en Pall Mall en 1772. *Lady Guinea* era un círculo al que pertenecía toda la joven *lordship*, en el que se jugaba. La menor puesta era de cincuenta guineas, y nunca había menos de veinte mil guineas sobre la mesa. Cerca de cada jugador había un velador para colocar en él la taza de té y la fuente de madera dorada, en la que se ponían los paquetes de guineas. Los jugadores llevaban, como los criados que les servían á su lado, mangas de cuero para preservar los encajes, y petos para resguardar sus gorgueras; cubrían la cabeza, para preservar los ojos de la luz vivísima de las lámparas y no deshacer el rizado del cabello, con grandes sombreros de paja cubiertos de flores. Enmascarábanse para que no fuesen visibles las emociones que el juego les producía: tenían á sus espaldas trajes puestos del revés para atraerse la suerte.

Lord David pertenecía á casi todos los

clubs, que pasaremos por alto, ocupándonos de uno solo, por su singularidad; del *Club de los Feos*. Este se hallaba dedicado á la deformidad. Al entrar prometían batiarse, no por una mujer bella, sino por un hombre feo. La sala del club tenía por adornos retratos de hombres contrahechos, los de Thersite, Triboulet, Duns, Hudibras y Scarron; encima de la chimenea estaba Esopo, entre dos tuertos, Coclés y Camöens: como Coclés era tuerto del ojo izquierdo y Camöens del derecho, cada uno estaba esculpido por su parte defectuosa, y los dos perfiles, sin ojos, estaban vis á vis. El día en que la hermosa madama Visart tuvo viruelas, el club de los Feos le dedicó un *toast* (1). Dicho club, que florecía todavía al principio del siglo xix, envió el diploma de miembro honorario á Mirabeau.

Desde la restauración de Carlos II aboliéronse los clubs revolucionarios. A los clubs republicanos siguieron los monárquicos, y en ellos se divertían decentemente.

Lord David concurría á los *boxes*, y era su reglamento vivo. En las grandes luchas era el que hacía poner las estacas, tender las cuerdas y fijar el número de toesas que debía tener el sitio cuadrado del combate. Si era segundo, seguía pie á pie á su boxeador con una botella en una mano y una esponja en la otra, gritándole: *Strike fair* (2); le sugería astucias, aconsejábale mientras combatía, le enjugaba cuando chorreaba sangre, le levantaba cuando caía, le ponía sobre las rodillas y le introducía entre los dientes el cuello de la botella, y con su boca llena de agua, le echaba una lluvia fina en los ojos y en las orejas que reanimaba al moribundo. Cuando lord David era árbitro, presidía, para que hubiese lealtad en los golpes; prohibía á cualquiera que fuese, excepto al segundo, á ayudar á los combatientes; declaraba vencido al campeón que no se ponía bien frente al adversario; vigilaba para que el tiempo de dar las vueltas no pasase de medio minuto; impedía que se luchase con la cabeza y que se golpease al hombre derribado al suelo. Esta ciencia no le convertía en pedante y no le hacía perder los modales del gran mudo.

A lord David Dirry-Moir le agradaban con delirio las exhibiciones de las plazas públicas, las representaciones teatrales al

aire libre, los circos de animales raros, las barracas de saltimbanquis, los clowns, los pasquines y las ferias. El verdadero señor es el que goza con el hombre del pueblo, y por eso lord David frecuentaba las tabernas y la Corte de los Milagros de Londres. Con el objeto de poder, en caso de necesidad y sin comprometer su alta graduación en la escuadra blanca, codearse con un grumete ó con un calafate, se ponía una blusa de marinero cuando iba á esos sitios. Para estas transformaciones le era muy cómodo no usar peluca, porque hasta en tiempos de Luis XIV el pueblo conservaba el cabello como el león la melena. De este modo le era sencillo transformarse, y las gentes con quienes hablaba en esos bajos sitios estimábanle. No sabían que fuese un lord, y le llamaban Tom Jim-Jack. Con esta denominación era popular é ilustre en la crápula; se encanallaba como maestro. Había ocasiones en que apelaba á los puños: esta parte de su vida la conocía y agradaba á lady Josiana.

## LA REINA ANA

## I

Por encima de esa noble pareja estaba la reina Ana de Inglaterra.

Era una mujer cualquiera, alegre, indulgente y casi augusta; ninguna de sus cualidades llegaba hasta la virtud, y ninguna de sus imperfecciones llegaba hasta el vicio. Su gordura era hinchazón, su malicia vulgar, su bondad estúpida; era tenaz y blanda. Era esposa fiel y á la vez infiel: tenía favoritos, á los que entregaba el corazón, y esposo, para el que reservaba el lecho. Era cristiana, herética y beata. Te-

(1) Un brindis.

(2) Pega firme.



nia una belleza: el cuello robusto de una Niobe; lo demás de su persona era poco artístico. Era torpe y honradamente coqueta. Su cutis era blanco y fino, y lo mostraba mucho. Inventó la moda del collar de perlas gruesas apretadas al cuello. Su frente era estrecha, sus labios sensuales, las mejillas carnosas, los ojos gordos, la vista corta; su miopía llegábale al espíritu. Si se exceptúa algún relámpago de jovialidad que brotaba en ella alguna vez, y era casi tan pesado como su cólera, vivía regañando y gruñendo en silencio para sí misma, y se le escapaban frases cuyo sentido había que adivinar. Era una mezcla de mujer buena y de malignidad diabólica. Entusiasmábase lo inesperado, que es aún cualidad femenina. Ana era una muestra confusa de la Eva universal: á ese bosquejo se había encallado la casualidad del trono. Le agradaba beber. Su marido era un dinamarqués de raza.

Siendo tory, daba el gobierno á los whigs. Tenía grandes enfados; era habladora y torpe para manejar los asuntos de Estado. Dejaba caer al suelo los acontecimientos; su política estaba cascada. Quería producir grandes catástrofes con pequeñas causas; cuando le cogía un arranque de autoridad, llamaba á esto *dar el golpe del poder*.

Pronunciaba con aire de profunda meditación palabras como estas: «Ningún par puede cubrirse ante el rey más que Courrey, Barón Kinsale, par de Islandia; sería una injusticia que mi esposo no fuese lord-almirante, habiéndolo sido mi padre.» Y nombraba á Jorge de Dinamarca alto-almirante de Inglaterra. Transpiraba continuamente mal humor; no expresaba su pensamiento, lo sudaba. Tenía algo de esfinge aquella oca.

No le desagradaban ni las bromas ni las farsas hostiles, y se alegraría si pudiese lograr que Apolo fuese jorobado, pero permaneciendo dios. Siendo buena, era su ideal no desesperar á nadie y enfadar á todo el mundo. Su palabra era cruda frecuentemente, y si lo fuese un poco más hubiera jurado como Elisabet.

De vez en cuando extrala del bolsillo de hombre que llevaba en las faldas una caja de plata pequeña y redonda, en cuya tapa destacábase su retrato de perfil entre las dos letras R. A.; abría esta caja y sacaba con la punta del dedo un poco de pomada, con la que se enrojecía los labios; en cuan-

to se arreglaba la boca, reíase. Estaba orgullosa de ser gruesa.

Puritana más que otra cosa, no le hubiera importado, no obstante, proporcionar espectáculos. Tuvo conatos de fundar una academia de música, copiada de la de Francia. En 1700 un francés, llamado Forteroche, quiso edificar en París un circo real que costase cuatrocientas mil libras, á lo que D'Argenson se opuso; Forteroche pasó á Inglaterra é hizo esta proposición á la reina Ana, á la que sedujo al instante la idea de fundar en Londres un teatro con maquinaria mejor que el del rey de Francia y que tuviese cuatro fosos. La complacía, como á Luis XIV, que su carroza galopase; sus trancos recorrían á veces en menos de cinco cuartos de hora el trayecto que medía entre Windsor y Londres.

## II

En la época de la reina Ana no se podía celebrar reunión alguna sin la autorización de los jueces de paz. Era una felonía reunirse doce personas, aunque fuese para comer ostras y para beber *porter* (1).

Bajo este reinado apresábase á la multitud con extraña violencia, lo que prueba que el inglés, más que ciudadano, es vasallo. Hace ya muchos siglos que el Rey de Inglaterra procedía en este asunto como un tirano que negaba todos los antiguos títulos de libertad y de franquicias, de lo que la Francia triunfaba y se indignaba; pero lo que amenguaba en parte su triunfo es que, así como en Inglaterra se apresaba á los marineros, en Francia se apresaba á los soldados. En todas las grandes ciudades de Francia, cualquiera que iba por las calles á sus quehaceres se hallaba expuesto á ser lanzado por alistadores en una casa llamada *four*; allí se le encerraba confundido con los demás, escogían á los que eran

(1) Una clase de cerveza.

aptos para el servicio y los reclutadores vendían estos transeuntes á los oficiales. En 1695 existían en París treinta *fours*.

Las leyes contra Irlanda, decretadas por la reina Ana, fueron terribles.

Ana nació en 1664, dos años antes del incendio en Londres, y los astrólogos predijeron que siendo «la hermana mayor del fuego» sería reina. Lo fué por la gracia de la astrología y de la revolución de 1688. Creíase humillada de haber tenido por padrino á Gilbert, arzobispo de Cantorbery, pero ser ahijada del Papa no es posible en Inglaterra. Un simple primado es un padrino mediocre, pero Ana tuvo que contentarse con él, porque ella tenía la culpa; ¿por qué era protestante?

El dinamarqués pagó la virginidad de la reina Ana, *virginitas empta*, como dicen los antiguos títulos, entregándole en arras seis mil doscientas cincuenta libras esterlinas de renta, dimanadas del territorio de la bailía de Wardimbourg y de la isla de Fehmarn.

Ana siguió sin convicción y por rutina las tradiciones de Guillermo. Los ingleses durante su reinado, que nació de una revolución, tenían la libertad que puede haber entre la Torre de Londres, en donde encerraba á los oradores, y la picota, en la que ponía á los escritores. Ana hablaba un poco el dinamarqués para poder tener apartes con su marido, y un poco el francés para poder tener apartes con Bolingbroke, porque la gran moda de la corte era chapurrear este idioma. Ana se preocupaba con las monedas, sobre todo con las de cobre, que son las más ínfimas y las más populares, y la daba de inteligente. Seis *frathings* fueron acuñados durante su reinado. En el reverso de los tres primeros mandó poner sencillamente un trono; en el reverso del cuarto un carro de triunfo, y en el reverso del sexto una diosa que tenía la espada en una mano y en la otra el ramo de olivo, con esta inscripción: *Bello et Pace*. Su padre Jacobo II era ingenuo y feroz, pero ella era brutal; al propio tiempo su fondo era suave; contradicción que sólo lo es en la apariencia. La cólera la metamorfoseaba. Calentad el azúcar y hervirá.

Ana era popular. En Inglaterra gusta que reinen las mujeres. ¿Por qué? La Francia las excluye y puede ser por eso; tal vez no tenga otras razones. Para los historiadores ingleses, Elisabet representa la grandeza y Ana la bondad. Sea como ellos

pretenden. Pero no existe delicadeza en los reinados femeninos; sus líneas son pesadas, hay grandeza grosera y grosera bondad. Respecto á su virtud inmaculada, la Inglaterra cree en ella, y nosotros no nos oponemos, pero Elisabet fué una virgen suavizada por Essex y Ana una esposa complicada con Bolingbroke.

## III

Los pueblos tienen la costumbre estúpida de atribuir al Rey lo que ellos hacen. Se baten; ¿de quién es la gloria? Del Rey. Pagan; ¿quién es magnífico? El Rey; y el pueblo le quiere porque es muy rico. El Rey recibe de los pobres un escudo y devuelve á los pobres un liard. ¡Qué generoso es!... El coloso pedestal contempla al pigmeo que tiene encima. ¡Qué grande es!—dice,—lo llevo en mis hombros. El enano tiene un medio excelente para ser más alto que el gigante, y es subirsele sobre los hombros; pero que el gigante se lo deje emplear es lo raro, y que admire la grandeza del enano es una estupidez. ¡Tal es la inocencia humana!

La estatua ecuestre, reservada para los reyes, representa muy bien su soberanía; el caballo es el pueblo, pero ese caballo se metamorfosea lentamente; al principio es un asno, al fin es un león; y entonces arroja al suelo á su gigante, como en 1642 en Inglaterra y en 1789 en Francia, y ciertas veces también le devora, como en Inglaterra en 1649 y en Francia en 1793.

Que el león vuelva á ser borrico asombra, pero acontece, y eso es lo que sucedía entonces en Inglaterra. Se había vuelto á poner la albarda de idolatría realista. La reina Ana, como acabamos de decir, era popular. ¿Qué hacía para obtenerlo? Nada, que es lo que se le exige al Rey de Inglaterra. Por no hacer nada percibe treinta mi-



lones cada año. Inglaterra, que sólo tenía trece buques de guerra en tiempo de Elisabet y treinta y seis en el reinado de Jacobo II, en 1705 poseía ciento cincuenta. Los ingleses tenían tres ejércitos: cinco mil hombres en Cataluña, diez mil en Portugal, cincuenta mil en Flandes, y además pagaban cuarenta millones anuales á la Europa monárquica y diplomática, especie de mujer pública que el puebo inglés ha mantenido siempre. El Parlamento inglés votó un empréstito patriótico de treinta y cuatro millones de renta vitalicias y subscribiase á él en las oficinas de Hacienda pública. Inglaterra envió una escuadra á las Indias Orientales y otra escuadra á las costas de España, mandada por el almirante Leake, sin contar las cuatrocientas velas á las órdenes del almirante Showell. Inglaterra acababa de anexionarse la Escocia. Estaba entre Hochstett y Ramillies, y una de esas victorias anunciaba la otra. Inglaterra, con la red de Hochstett, había hecho prisioneros veintisiete batallones y cuatro regimientos de dragones y quitó cien leguas de territorio á Francia, que retrocedió espantada desde el Danubio hasta el Rhin. Inglaterra extendía la mano hacia la Cerdeña y las Baleares. Arrastraba en triunfo hasta sus puertos diez bajeles de línea españoles y muchos galeones cargados de oro. La bahía y el estrecho de Hudson estaban ya casi abandonados por Luis XIV y se presentaba que iba á abandonar también L'Acadie, San Cristóbal y Tierra-Nueva, y que se creía feliz si Inglaterra tolerase en el cabo Bretón al Rey de Francia. Inglaterra iba á imponerla la vergüenza de que destruyese con sus propias manos las fortificaciones de Dunquerke, y esperándolo tomó á Gibraltar y quería tomar á Barcelona. ¡Grandes hazañas se ejecutaron entonces! ¿Cómo no hemos de admirar á la reina Ana, que se tomó el trabajo de vivir en esa época?

Desde cierto punto de vista, el reinado de Ana es una reverberación del reinado de Luis XIV. Puestos en paralelo aquella Reina y este Rey, en el encuentro que se llama historia, tienen vaga semejanza de reflejo. Como él, ella gobierna un gran reino y posee sus monumentos, sus artes, sus victorias, su capitaneos, sus hombres de letras, su caja de pensiones para los afamados y su galería de obras maestras al lado de su majestad; su corte también tiene su cortejo y su aspecto triunfal y un orden y una marcha; es la reducción en pequeño de

todos los grandes hombres de Versalles, ya no tan grandes: el cuadro es parecido, añadiéndole la marcha *God save the queen*, que pudo muy bien ser tomada de Lulli, y el conjunto produce la misma ilusión. No falta en él un solo personaje. Cristóbal Wren es un Mansard aceptable; Somers equivale á Lamoignon. Ana cuenta con un Racine, que es Dryden; con un Boileau, que es Pope; con un Colbert, que es Godolphin; con un Louvois, que es Pembroke, y con un Turenna, que es Marlborough. Agrandad, no obstante, las pelucas y disminuid las frentes. El conjunto es solemne pomposo, y hasta Windsor, en esos momentos, presenta el aspecto de Marly. Sin embargo, en Londres todo es algo femenino, y el padre Tellier de Ana se llama Sara Jennings. Por otra parte, un principio de ironía, que cincuenta años después ha de convertirse en filosofía, se insinúa en la literatura, y el Tartufo protestante es des-enmascarado por Swift, lo mismo que el Tartufo católico fué denunciado por Molière. Aunque Inglaterra en esta época combate á Francia, la imita é ilustra con ella, y la fachada de Inglaterra se ilumina con luz francesa. Es lástima que Ana sólo reinase doce años, porque de esa suerte no pueden decir los ingleses el siglo de la reina Ana, como se dice el siglo de Luis XIV. Ana aparece en 1702, cuando Luis XIV declina, y es una de las curiosidades de la historia que el amanecer de ese astro pálido coincida con la puesta del astro de púrpura, y que al propio tiempo que tiene Francia el rey Sol, tenga Inglaterra la reina Luna. Detalle digno de notarse. Aunque Inglaterra estaba en guerra con Luis XIV, le admiraba. *Es el rey que necesita Francia*, decían los ingleses. El amor que tienen los ingleses á la libertad complica con cierta aceptación de la servidumbre ajena; esta benevolencia hacia las cadenas que oprimen al vencido, llega en ellos á veces hasta el entusiasmo hacia el déspota que está próximo á ellos.

## IV

La reina Ana no podía ver á la duquesa Josiana por dos razones: la primera porque era hermosa, y la segunda porque hallaba también hermoso á su prometido. Dos razones bastante convincentes para inspirar celos á cualquier mujer; una sola de ellas era suficiente para inspirárselos á una reina.

Agréguese á esto que le sabía mal ser hermana suya.

A Ana le disgustaba que fuesen hermosas las mujeres, porque le parecía que esto era contrario á las buenas costumbres; y ella era fea, pero no por preferir ser de otro modo; una parte de su fealdad dimanaba de su religión.

Josiana, hermosa y filósofa, importunaba á la reina, pues para una reina fea no es hermana agradable una duquesa bella.

También le causaba otro agravio el de su nacimiento *improper* (1).

Ana era hija de Ana Hyde, simple lady, pero casada legalmente con Jacobo II, cuando aun era duque de York. Teniendo en las venas sangre inferior, le parecía á Ana que únicamente era semi-real, y Josiana, viniendo al mundo irregularmente, subraya la incorrección insignificante, pero real, del nacimiento de la Reina. La hija de baja alianza veía sin placer que no se hallaba lejos de ella la hija de la bastardía, y esto era enojoso para la majestad real. ¿Por qué había de existir Josiana? ¿Qué idea tuvo al nacer? ¿Y para qué? Menguados son ciertos parentescos.

A pesar de esto, Ana estaba amable siempre con Josiana, y acaso la hubiera querido si no fuera hermana suya.

(1) Indecente.

## VI

## BARKILPHEDRO

Es utilísimo conocer las acciones de las personas, y vigilarlas es ser discretos: Josiana hacía que espíase á lord David un hombre de su confianza, llamado Barkilphedro.

A su vez lord David hacía también espíar á Josiana por un hombre en cuya lealtad descansaba, y que se llamaba Barkilphedro.

Por su parte, la reina Ana conseguía estar en secreto al corriente de los hechos y dichos de la duquesa Josiana y de lord David, su futuro cuñado, por un hombre que era enteramente suyo y que se llamaba Barkilphedro.

Barkilphedro tocaba este clavicordio: Josiana, lord David y la reina. Un hombre entre dos mujeres. ¡Cuántas modulaciones posibles! ¡Qué amalgama de almas! Barkilphedro no siempre había estado en la situación magnífica de hablar en voz baja á tres oídos distintos; este sujeto era un antiguo criado del duque de York; intentó pertenecer á la Iglesia, pero no lo consiguió. El duque de York, príncipe inglés y romano, que participaba del papismo real y del anglicanismo legal, poseía su casa católica y su casa protestante, y pudo colocar á Barkilphedro en una ó en otra jerarquía, pero no lo creyó suficiente católico para hacerle limosnero y bastante protestante para hacerle capellán: de manera que se encontraba entre dos religiones con el alma en el suelo, lo que no es mala posición para ciertas almas reptiles, porque ciertos caminos únicamente se pasan arrastrándose.

Domesticidad oscura, pero nutritiva, fué durante mucho tiempo la existencia de Barkilphedro. La domesticidad es algo, pero él necesitaba el poder. Tal vez lo hubiera conseguido á no caer del trono



Jacobo II. Todo quiere empezar. Nada pudo lograr durante el reinado de Guillermo III, malhumorado, y que tenía el aire de reinar con prudencia, que él tomó por honradez.

A pesar de quedarse Barkilphedro sin protector cuando murió Jacobo II, no por eso quedó en seguida en la pobreza. Un no sé qué que sobrevive á los príncipes destronados, alimenta y sostiene algún tiempo á sus parásitos. El resto de savia agotable hace vivir dos ó tres días en la punta de las ramas las hojas del árbol desarraigado; después las hojas amarillean y de improviso se secan, y los cortesanos también.

Merced al embalsamamiento que se llama legitimidad, el príncipe, aunque esté caído y lanzado lejos, persiste y se conserva; no le acontece lo mismo al cortesano, que queda más muerto que el rey. El rey en el destierro es momia y el cortesano en la corte es fantasma. Ser la sombra de una sombra, es enflaquecer cuanto es posible; Barkilphedro, pues, quedó famélico: abrazó entonces la carrera de las letras.

Pero rechazáronle hasta de las cocinas y algunas veces no tenía ni donde acostarse.—¿Quién me sacará de esta horrible situación?...—decaía muchas veces; pero luchaba. Todo cuanto tiene de interesante la paciencia en la penuria, lo tenía Barkilphedro. Poseía talento y era capaz de abrir un agujero de bajo arriba. Sirviéndose del nombre de Jacobo II, de sus recuerdos, de su fidelidad y de sus sacrificios, etc., abrióse paso hasta la duquesa Josiana.

Josiana se compadeció de este hombre, que poseía talento y que estaba en la miseria, dos cosas que conmueven. Se lo presentó á lord David, le dió techo, le consideró como de su casa, fué buena para él y algunas veces hasta le habló. Barkilphedro ya no tuvo hambre ni frío. Josiana le tuteaba; era moda entonces entre las grandes damas tutear á los hombres de letras, y éstos lo consentían. La Marquesa de Mailly recibió acostada á Roy, á quien nunca había visto, y le decía:—*¿Eres tú el autor del Año Galante? Buenos días.* Años después los hombres de letras devolvían el tuteamiento. Llegó un día en el que Fabre d'Eglantine dijo á la duquesa de Rohán:—*¿No eres tú la Chavot?*

Pero para Barkilphedro ser tuteado era alcanzar un éxito, y quedó muy satisfecho,

porque deseaba conseguir esta familiaridad de arriba abajo.

—Lady Josiana me tutea!—exclamaba frotándose las manos de satisfacción.

Esto le sirvió para ganar terreno, como él preveía, y fué una especie de familiar en los departamentos íntimos de Josiana, que no le incomodaba, que le pasaba inadvertido y delante del que hubiera cambiado de camisa sin escrúpulos. Este estado, no obstante, era precario para Barkilphedro, que deseaba ocupar una posición. Una duquesa es la mitad del camino. Una galería subterránea que no llegue hasta la reina es una obra incompleta.

Un día dijo Barkilphedro á Josiana:

—¿Vuestra gracia desea hacerme feliz?

—¿Qué es lo que deseas?

—Un empleo.

—Desempeñar tú un empleo!

—Yo, sí.

—Pero si tú no sirves para nada!...

—Pues por eso.

Josiana echóse á reír.

—¿Qué función prefieres de las que no puedes desempeñar?

—La de destapador de botellas del Océano.

Josiana prorrumpió en una carcajada.

—¿Te burlas de mí?

—No, señora.

—Voy á divertirme respondiéndote seriamente. Te repito que me digas lo que deseas ser.

—Destapador de botellas del Océano.

—Todo es posible en la corte. ¿Es que existe ese empleo?

—Sí, señora.

—Enséñame cosas nuevas; prosigue.

—Ese empleo existe.

—Júramelo.

—Lo juro.

—Pues yo no te creo.

—Gracias, señora.

—¿Qué es lo que quieres?... te vuelvo á repetir.

—Destapar las botellas del mar.

—Desempeñar ese empleo no debe fatigar; es como peinar el caballo de bronce.

—Casi, casi.

—Es no hacer nada; es el destino que necesitas; ese empleo es excelente para tí.

—Ya veis que sirvo para algo.

—¿Pero no te burlas? ¿Existe quizá ese destino?

—Señora, habéis tenido un padre augusto, el rey Jacobo II, y tenéis un cuñado ilustre, Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland. Vuestro padre fué el lord-almirante de Inglaterra y vuestro cuñado lo es ahora.

—¿Estas son las novedades que me has de participar? Lo que estás diciendo lo sé tan bien como tú.

—Pero voy á añadir lo que no sabe vuestra gracia. Se hallan en el mar tres clases de cosas: las que están en el fondo del agua, *Lagon*; las que flotan en el agua, *Flotson*, y las que el agua arroja á la tierra, *Jetson*.

—¿Qué más?...

—Esas tres cosas, *Lagon*, *Flotson* y *Jetson*, pertenecen al lord supremo almirante.

—¿Qué más?

—¿No comprende vuestra gracia?

—No.

—Todo lo que se halla en el mar, lo que éste se traga, lo que sobrenada y lo que éste arroja, pertenece al almirante de Inglaterra.

—Ya lo oigo, pero... ¿qué?... yo creía que todo eso pertenecía á Neptuno.

—Neptuno es un idiota; lo abandonó todo y deja que los ingleses se lo apropien.

—Termina.

—Lo apresado en el mar es inagotable. Siempre hay algo que flota y algo que abor-da; ésa es la contribución del mar. El Océano paga su impuesto á Inglaterra.

—Bien me parece, pero concluye.

—Vuestra gracia comprende que, siendo así, el mar tiene que crear una oficina.

—¿En dónde?

—En el almirantazgo.

—¿Qué oficina?

—La oficina de lo apresado en el mar.

—¿Y bien?

—La oficina compónese de tres subdivisiones; *Lagon*, *Flotson* y *Jetson*, y en cada subdivisión hay un oficial.

—¿Qué más?

—Un barco en alta mar quiere dar un aviso cualquiera á la tierra, que navega en tal latitud, que ha hallado un monstruo marino, que está á la vista de una costa, que va á zozobrar, que se ha perdido, etc.; el

patrón coge una botella, le introduce un papel escrito que contiene lo que quiere decir, cierra herméticamente el tapón y echa la botella al mar. Si la botella se va á fondo, corresponde al oficial *Lagon*; si flota, al oficial *Flotson*, y si las olas la llevan á tierra, al oficial *Jetson*.

—¿Tú deseas ser oficial *Jetson*?

—Justamente.

—¿A eso llamas ser destapador de las botellas del Océano?

—Sí, porque existe ese empleo.

—¿Por qué prefieres el último destino á los otros dos?

—Porque se halla vacante en este momento.

—¿En qué consiste este empleo?

—En 1598 un pescador de congrios en las arenas de la encalladura de Epidium Promontorium halló una botella alquitranada y se la llevó á la reina Elisabet; un pergamino que se sacó de ella hizo saber á Inglaterra que la Holanda habíase apoderado, sin decir una palabra, de un país desconocido, llamado la *Nova Zembla*; que esa presa verificóse en junio de 1596; que en dicho país era muy fácil ser comidos por los osos, y que el modo de poder pasar bien allí el invierno estaba indicado en un papel encerrado en una funda de mosquete, colgada en la chimenea de una casa de madera construida en dicha isla y que dejaron los holandeses, que habían muerto, y que esta chimenea la hicieron de un tonel sin fondo empotrado en el techo. Elisabet comprendió en seguida que poseer Holanda un país más era tener Inglaterra un país menos, y dió importancia á la botella que le participó esa noticia. Desde ese día ordenó que todo el que se encontrase una botella muy cerrada en las orillas del mar la llevase al almirante de Inglaterra, bajo pena de horca. El almirante comisiona á un oficial para destapar dichas botellas, el que informa de su contenido á su majestad cuando es necesario.

—¿Llegan frecuentemente esas botellas al almirantazgo?

—Muy rara vez; pero esto es igual: el empleo existe, y hay para desempeñarle habitación en el almirantazgo.

—¿Y con cuánto se retribuye esa manera de no hacer nada?

—Con cien guineas al año.



—¿Por tan poca cosa quieres incomodarte?

—Con eso basta para vivir.

—Como un mendigo.

—Como corresponde á mi clase.

—Cien guineas son una fruslería.

—Con lo que los grandes viven un minuto nos basta á los pequeños para vivir un año; ésta es la ventaja que tienen los pobres.

—Para ti, pues, será ese empleo.

Ocho días después, merced á la buena voluntad de Josiana, merced al crédito de lord David, Barkilphedro, salvado ya de hoy en adelante, saliendo de lo provisional, ponía ya el pie en terreno sólido; percibía la renta de cien guineas é instalóse en su habitación del almirantazgo.

## VII

## BARKILPHEDRO EN AUGE

Existe algo á veces dentro de nosotros que nos acosa; este algo es el ser ingratos, y Barkilphedro lo era.

Después de recibir tantos beneficios de Josiana, no concibió naturalmente más que un pensamiento, el de vengarse.

Añádase á esto que Josiana era bella, alta, joven, rica, poderosa, ilustre, y que Barkilphedro era feo, pequeño, viejo, pobre, protegido y obscuro; debía, por consiguiente, vengarse de todo esto.

Barkilphedro era un irlandés que había renegado de Irlanda; era de ruin especie; únicamente tenía una cosa en su favor, el vientre grueso, pues sabido es que un vientre grueso pasa por ser indicio de bondad, pero su vientre era tan hipócrita como él; ese hombre era un malvado.

¿Qué edad tenía Barkilphedro? Ninguna. La edad precisa para el proyecto que tenía cada vez: era viejo por las arrugas y por los cabellos grises, pero joven por la agilidad de su espíritu. Era ligero y pesado al mismo tiempo, una especie de hipopótamo-mono. Realista, puede que

sí; republicano, ¡quién sabe!; católico, quizás; protestante, indudablemente. Estaba por Stuard y por Brunswich quizás también. Estar por sólo es una fuerza con la condición de estar á la par en contra; Barkilphedro practicaba esta sabiduría.

El destino de destapador de botellas del Océano no era tan risible como lo pintaba Barkilphedro. Las reclamaciones de todas las presas del mar, contra el pillaje que hacían de ellas las gentes de las costas, motivaron gran sensación en Inglaterra, y consiguieron en pro de los naufragios este progreso de sus bienes, efectos y propiedades; y en lugar de ser robados por los habitantes de las costas, fueron confiscados por el lord almirante.

Todas las presas del Océano arrojadas á la ribera inglesa, mercancías, esqueletos de buques, cajas, cofres, maletas, etc., pertenecían al lord almirante; pero—en esto revelábase la importancia del destino que solicitó Barkilphedro— los recipientes flotantes, que contenían mensajes é informaciones, despertaban en particular la atención del almirantazgo. Los naufragios son una de las graves preocupaciones de Inglaterra; ésta tiene la penenne inquietud del mar. La pequeña redoma de vidrio que arroja á las olas al perderse un navío puede contener indicios supremos, preciosos desde todos los puntos de vista. Indicios sobre el bastimento, sobre el equipaje, sobre el sitio, la época y el modo de haber zozobrado, sobre los vientos que han destrozado el barco, sobre las corrientes que llevaron flotando la redoma á la costa. El empleo que desempeñaba Barkilphedro fué suprimido hace ya más de un siglo, pero era de positiva utilidad. El último que lo desempeñó fué William Hussey, de Doddington, en Lincoln. El hombre que servía este empleo era una especie de gacettillero del mar. Se le remitían cuantas vasijas cerradas y selladas, como botellas, redomas, etc., arrojaba el flujo al litoral inglés; él sólo tenía derecho á abrirlas y era el que primero se enteraba de su contenido, clasificábalas y las ponía las correspondientes etiquetas. Se tomó la precaución de que sólo pudiesen ser destapados dichos recipientes en presencia de dos jurados del almirantazgo, juramen-

tados en secreto, los que firmaban, juntamente con el titular del empleo Jetson, el proceso verbal de abrir los susodichos objetos. Pero estos jurados guardaban silencio, de lo que resultaba que gozaba Barkilphedro de cierta libertad discrecional, y dependía de él, hasta cierto punto, suprimir un hecho ó darle á conocer.

Las presas del mar no eran, como había dicho Barkilphedro á Josiana, raras é insignificantes. Unas veces eran frecuentes y otras llegaban de tarde en tarde; eso dependía de los vientos y de las corrientes. La moda de echar botellas al mar ya ha pasado, como la de los exvotos; pero en los tiempos religiosos, los que iban á morir enviaban de esa manera su último pensamiento á Dios y á los hombres, y había veces en que esas misivas abundaban en el almirantazgo. Un pergamino que se conserva en el castillo de Audlyene, y que anotó el Conde de Suffolk, gran tesorero de Inglaterra en el reinado de Jacobo I, hace constar que únicamente en el año 1615 fueron remitidas y registradas en las oficinas del lord almirante cincuenta y dos calabazas, ampollas y redomas alquitránadas, que contenían datos sobre embarcaciones naufragadas.

Los destinos de la corte, como las manchas de aceite, se van ensanchando más cada vez. Así se ve algunas veces que el portero llega á canoiller y el palafrenero á condestable. El oficial especial encargado del empleo que solicitó y obtuvo Barkilphedro era siempre un hombre de confianza; así lo dispuso la reina Elisabet. En la corte, quien dice confianza dice intriga, y quien dice intriga dice medro. Tal funcionario era, pues, un semipersonaje. Tenía entrada en los palacios, pero lo que se llamaba «la entrada humilde», *humilis introitus*, y hasta en la estancia del lecho. Porque era costumbre informar á la persona real, cuando había motivo para ello, de las presas del mar, frecuentemente curiosas, como testamentos de desesperados, despedidas á la patria, revelaciones de baraterías y de crímenes perpetrados en el mar, legados á la corona, etc.; mantener su oficina en comunicación con la corte, y dar, de cuando en cuando, cuenta á su majestad de las botellas siniestras abiertas. Esa oficina era un gabinete negro del Océano.

Elisabet, que hablaba en latín, interrogaba á Tamfeld de Coley, oficial Jetson de su tiempo, cuando le presentaba alguno de los documentos procedentes del mar: — *Quid mihi scribit Neptunus?* ¿Qué me escribe Neptuno?

El paso estaba abierto, la obra completa; Barkilphedro se acercaba á la Reina. Eso es todo lo que él deseaba.

¿Para hacer fortuna? no. Para deshacerla de los demás, que era para él felicidad mayor: perjudicar es gozar.

Alimentar dentro de sí el prurito de dañar, vago, pero implacable, sin perderle jamás de vista, no es común en los hombres; pero Barkilphedro lo tenía con firmeza. Saber que era inexorable le proporcionaba un fondo de sombría satisfacción, y le complacía tener una presa entre los dientes ó la certeza en el alma de causar daño. Tiritaba de frío, satisfecho con la esperanza de dar frío á los demás.

Ser malvado es poseer opulencia. Hay hombre que creemos pobre, y lo es, efectivamente, que tiene toda su riqueza en malicia, y la prefiere así. Todo consiste en el modo de ver las cosas.

¿Qué era, pues, Barkilphedro? el ser que es á la par más miserable y más terrible: un envidioso.

La envidia se halla perfectamente en la corte. Esta abunda en impertinentes, en desocupados, en chismosos, en miserables, en burlones burlados, en idiotas espirituales que necesitan la conversación de los envidiosos, porque agrada muchas veces al hombre lo malo que se dice de los demás.

La envidia es una tela á propósito para tejer un espía: existe profunda analogía entre la pasión natural de la envidia y la función social del espionaje. El espía caza por cuenta ajena, como el perro; el envidioso por cuenta propia, como el gato.

El yo feroz compone el todo del envidioso.

Barkilphedro tenía además estas cualidades: era discreto, secreto y concreto. Todo lo callaba y estaba hueco de su odio. Enorme bajeza implica enorme vanidad. Queríanle aquellos á quienes él divertía, y le odiaban los demás, pero él se creía desdichado de los que le aborrecían y despreciado de los que le querían. No lo daba á entender, sin embargo; todos estos disgus-



tos hervían sin ruido en su resignación hostil é indignáble, como si los pícaros tuviesen el derecho de indignarse. Permanecía silencioso, estando furioso, y tragárselo todo era su talento. Experimentaba sordas cóleras interiores, frenesíes de rabia subterránea y llamas ocultas y negras, pero nadie se percataba de esto. Su superficie sonreía, y era cortés, activo, fácil, amable y complaciente.

No son tan raros, como se supone generalmente, estos seres hipócritas y venenosos. Estamos muy expuestos á resbalar siniestramente. ¿Por qué existen estos seres dañinos? Cuestión es esta dolorosa. El que medita se la propone incesantemente, pero el pensador no la puede resolver nunca; de aquí nace la tristeza de la mirada de los filósofos, siempre fija sobre la montaña de tinieblas, que se llama el destino, desde cuya cumbre el enorme espectro del mal deja caer puñados de serpientes sobre la tierra.

Barkilphedro era de semblante flaco y de cuerpo obeso, de torso graso y de faz huesosa; tenía las uñas cortas, los dedos nudosos y las pulgadas aplastadas; el cabello grueso, mucha distancia de una sien á la otra, y frente de asesino, corta y ancha. Los ojos enfrenados ocultaban la ruidez de la mirada bajo una mata de cejas. La nariz larga, puntiaguda, jorobada y blanda, le caía casi hasta la boca. Barkilphedro, vestido de emperador romano, se hubiese asemejado á Domiciano. Su faz, de amarillo rancio, estaba como modelada con pasta viscosa; sus mejillas inmóviles parecían de mástil. Cuando tenía quieto el semblante, de perfil, su labio superior, levantado en ángulo agudo, dejaba ver los dientes: estos dientes parecían que os mirasen. Los dientes miran como los ojos duermen.

Completaban á Barkilphedro la paciencia, la templanza, la reserva, la amenidad, la deferencia, la cortesía, la sobriedad y la castidad, y calumniaba las virtudes que tenía.

En poco tiempo logró Barkilphedro sentar el pie en la corte.

## VIII

## INFERI

Se puede sentar el pie en la corte de dos maneras; en las nubes, en cuyo caso el hombre es augusto, ó en el lodo, en cuyo caso el hombre es poderoso. Si es lo primero, se está en el Olimpo, y si lo segundo, en el guardarropa. El que vive en el Olimpo, dispone del rayo; el que vive en la otra parte, de la policía. El guardarropa contiene todos los instrumentos de reinar, y á veces, como es traidor, el castigo; Hellogábalo fué á morir en él, y entonces diósele el nombre de letrinas.

Generalmente el guardarropa es menos trágico. Desde él, Alberoni admiraba á Vendôme. El guardarropa es el sitio favorito para la audiencia de las personas reales, y funciona como el trono. Luis XIV recibe en él á la Duquesa de Bourgogne; Felipe V, codéase allí con la Reina; el sacerdote llega hasta allí. El guardarropa es á veces una sucursal del confesonario.

Si deseáis ser grande en el reinado de Luis XI, sed Pedro de Rohan, mariscal de Francia; si deseáis ser influyente, sed Oliverio el Gamo, barbero. Si deseáis ser glorioso en el reinado de María de Médicis, sed Sillery, canceller; si queréis ser considerado, sed la Hannon, camarera. Si queréis ser ilustre en la época de Luis XV, sed Choisseul, ministro; si queréis que os teman, sed Lebel, lacayo. En la época de Luis XIV, era más poderoso Bontemp, que hacía la cama á su majestad, que Louvois, que le construía las armas, y que Turenna, que le conseguía las victorias. Si separáis á Richelieu del padre José, dejáis casi vacío á Richelieu; en ellos existía un misterio: la eminencia roja era soberbia, pero la eminencia gris era terrible. Ser gusano es ser una fuerza. Los Narváez, anti-

gamados con los O'Donnells, dan menos trabajo que una sor Patrocínio.

La condición de este gran poder es su extremada pequeñez. Si queréis permanecer fuertes, permaneced diminutivos, no seáis nada. La serpiente en reposo y enroscada, representa á la vez el infinito y el cero.

Una de estas fortunas viperinas había alcanzado Barkilphedro. Deslizábase por donde quería. Los animales infinitamente pequeños penetran por todas partes. Luis XIV tenía chinches en la cama y jesuitas en la política, porque no son incompatibles.

En este mundo todo es péndulo. Gravitación es oscilar. Un polo quiere al otro. Francisco I le complace á Triboulet y Luis XV á Lebel. Existe profunda afinidad entre lo extremadamente alto y lo extremadamente bajo.

La bajeza es la que dirige; esto es fácil de entender. El que está bajo tira del hilo. No existe posición más cómoda. Es ojo y es oído; el ojo del Gobierno y el oído del Rey. Poseer el oído del Rey es pasar y descorrer caprichosamente el cerrojo de la conciencia real, é imbuir lo que se desea á dicha conciencia. El espíritu del Rey es vuestro armario; si sois trapero, es vuestro saco. El oído de los reyes no es de los reyes, y por eso no son enteramente responsables; el que no es dueño de su pensamiento, no puede poseer su acción. El Rey parece que ordene, y obedece. ¿A quién? A cualquier ser infame que fuera de él le zumba en el oído. A una mosca sombría del abismo. Este zumbido ordena.

Reinar es dictar; la voz que habla alto es la del soberano, la voz que habla bajo es la de la soberanía.

Los que durante el reinado saben distinguir la voz baja y percibir lo que dicta á la voz alta, son los verdaderos historiadores.

## IX

## EL ABORRECIMIENTO PUEDE SER IDÉNTICO EN MAGNITUD AL AMOR

La reina Ana tenía en torno suyo muchas de esas voces bajas; Barkilphedro era una de ellas.

Además de la Reina, trabajaba ejerciendo influencia sobre lady Josiana y sobre lord David. Como dijimos, éste tuvo la suerte de hablar bajo á tres oídos distintos.

Barkilphedro era tan risueño, tan complaciente, tan adulator en el exterior, que aunque malvado en el fondo, era natural que una persona real llegase hasta no poder prescindir de él. Cuando Ana gozó de las adulaciones de Barkilphedro, halló insípidas las de los demás. Le adulaba como se aduló á Luis el Grande, por la herida ajena. Siendo ignorante el rey, es necesario burlarse de los sabios, decía madama de Montchevreuil.

Envenenar de cuando en cuando la herida, es el colmo del arte; á Nerón le agradaba ver trabajar á Locusta.

En los palacios reales se penetra con facilidad: esas madrigueras tienen un muladar interior, que descubre en seguida y escudriña el gusano roedor que se llama cortesano. Un pretexto para entrar le basta. Barkilphedro tenía este pretexto, su destino; y fué en poco tiempo para la Reina lo que era para la duquesa Josiana, el animal doméstico indispensable. Una palabra que aventuró un día le enteró del carácter de la Reina, y ya supo desde entonces qué creer con respecto á la bondad de su majestad. La Reina apreciaba mucho á lord William Cavendish, Duque de Devonshire, que era muy idiota. Este lord, que tenía todos los grados de la Universidad de Oxford y no conocía la ortografía, acababa de fallecer. La Reina, estando presente Barkilphedro, se lamentaba de



esta muerte, y acabó por decir suspirando: — ¡Es lástima que tantas virtudes tuviesen por base tan pobre inteligencia!

— ¡Dios le haya perdonado! — susurró Barkilphedro á media voz y en francés.

La Reina se sonrió. Barkilphedro examinó esa sonrisa, y dedujo que morder la complacía, y que tenía permiso para ser malicioso.

Desde ese día ponía en todo y en todas partes su curiosidad y su malignidad. Le dejaban hacer, porque le temían. El que complace al rey, hace temblar á los demás. Era un pícaro poderoso.

Cada día adelantaba más camino y se hacía el indispensable. Muchos grandes le honraban con su confianza, hasta el extremo de encargarle en alguna ocasión de alguna comisión vergonzosa.

La corte es un engranaje, y en ella Barkilphedro llegó á ser el motor, y ya habréis observado en ciertos mecanismos qué pequeña es la rueda motriz.

Josiana, que utilizaba como hemos dicho la habilidad de espía de Barkilphedro, tenía tal confianza en él, que no vaciló en poner en manos de éste una de las llaves secretas de sus habitaciones, por medio de la que podía penetrar en casa de la Duquesa á todas horas; este modo de hacer entrega de la vida íntima era moda entonces; esto se llamaba dar la llave. Josiana dió dos llaves de confianza; lord David tenía una, y Barkilphedro tenía otra.

Penetrar por asalto en las habitaciones del lecho no era cosa sorprendente en las antiguas costumbres, lo que originaba incidentes. La Ferté, al levantar bruscamente las cortinas de la cama de mademoiselle Lafont, halló en ella á un mosquetero.

Barkilphedro sobresalía en hacer estos cazurros descubrimientos, que subordinan y someten los grandes á los pequeños. Su marcha en la obscuridad era tortuosa, suave y discreta; como todo espía perfecto, tenía la inclemencia del verdugo y la paciencia del micrografo. Había nacido para ser cortesano. El cortesano es somnábulo. El cortesano da vueltas incesantemente en la noche que se llama el poder, lleva en la mano una linterna sorda, que ilumina el punto que él quiere, pero que deja en la obscuridad todos

los demás; lo que él busca con su linterna no es un hombre, es una bestia, y lo que halla es el Rey.

A los reyes no les agrada que nadie quiera ser grande á su alrededor; la ironía que no va contra ellos les encanta. El talento de Barkilphedro estribaba en abrumar con esa ironía á los lores y á los príncipes en provecho de la majestad real, que de esta suerte engrandecía.

La llave de confianza que tenía Barkilphedro componíase de dos, una á cada extremidad, para que pudiese abrir las habitaciones íntimas de las dos residencias favoritas de Josiana: Hunkerville-House, en Londres, y Corleone-lodge, en Windsor. Ambos palacios pertenecían á la herencia de Clancharlie. Hunkerville-House confinaba con Oldgate. De Oldgate á Londres había una puerta, por la que se llegaba á Harwick, y por la que se divisaba la estatua de Carlos II, que tenía pintado un ángel sobre la cabeza y á los pies un león y un unicornio esculpidos.

Desde Hunkerville-House, cuando reinaba el Este, oíase la campana de Sainte-Marylebone. Corleone-lodge era un palacio florentino. Este palacio, contiguo al castillo de Windsor, estaba al lado del de la Reina: á pesar de esto, á Josiana le complacía estar en él.

La influencia de Barkilphedro con la Reina era nula en el exterior; estaba toda oculta. Son difícilísimas de arrancar esas malas hierbas de la corte, porque echan raíces muy profundas, y apenas se pueden coger por encima de la tierra; escardar á Roquelaure, á Triboulet ó á Brummel, es casi imposible.

De día en día, y cada vez más, la Reina aficionábase á Barkilphedro.

Sara Jennings es célebre, Barkilphedro es desconocido; su influencia no se conoció, su nombre no llegó hasta la historia.

El cazador no puede coger todos los topes.

Barkilphedro, que fué candidato al estado eclesiástico, había estudiado un poco de muchas cosas; pero desflorarle todo, da por resultado no saber nada, y se puede ser víctima del *omnis res scibilis*. Tener sobre el cráneo el tonel de la Danáyades, es la desgracia de una raza de sabios que pueden denominarse estériles. Lo

que Barkilphedro introdujo en su cerebro se lo dejó vacío.

El espíritu, como la Naturaleza, siente horror al vacío; en éste la Naturaleza pone el amor, el espíritu con frecuencia pone en él el odio. El odio le ocupa.

El odiar por odiar existe. El arte por el arte está en la Naturaleza más de lo que se cree.

Se odia... por hacer algo. El odio gratuito es terrible, queremos decir que se paga á sí mismo.

El oso vive lamiéndose las garras, pero no indefinidamente; necesita abastecerlas y poner bajo ellas el alimento.

Odiar indistintamente es agradable y hasta durante algún tiempo, pero concluye siempre por tener objeto. Agota la animosidad difundida sobre la creación, como todo placer solitario. El odio sin objeto es parecido á un tiro sin blanco; lo que hace interesante el juego es tener un corazón que traspasar.

El servicio de interesar el juego, de ofrecer blanco, de apasionar el odio fijándolo, de divertir al cazador con la vista de la presa viva, de hacer esperar al que espía el hervir tibio y humeante de la sangre que va á derramar, de hacer desarrugar su frente al ver la credulidad inútil de las alas del pájaro, ese servicio exquisito y horrible que no tiene conciencia de él el que le presta, se lo hacía Josiana á Barkilphedro.

El pensamiento es un proyectil. Barkilphedro, desde el primer día, se puso á mirar á Josiana con las malas intenciones que en su espíritu abrigaba. La intención y la escopeta se parecen. Barkilphedro, siempre en guardia, dirigía contra la Duquesa su maldad secreta. ¿Os asombra esto? ¿Qué daño os hace el pájaro para que le disparéis un tiro? Diréis que es para comérselo; Barkilphedro también.

Josiana no podía ser herida en el corazón, porque el sitio que ocupa un enigma es vulnerable con dificultad; pero podía herirse en la cabeza, esto es, en el orgullo, porque ella era débil por donde se creía fuerte.

Barkilphedro así lo había comprendido. Si Josiana hubiera conocido á Barkilphedro, si hubiera podido ver lo que se ocultaba detrás de su sonrisa, á pesar de ser tan altiva y de tan elevada jerarquía, qui-

zá hubiera temblado; por fortuna para la tranquilidad de sus sueños ignoraba en absoluto lo que era aquel hombre.

Lo inesperado se esparce no se sabe de dónde. Las hondas profundidades de la vida son terribles. No existe odio pequeño, siempre es enorme; conserva su estatura en el ser más diminuto, y siempre permanece monstruo; el odio es completo siempre. Está en peligro el elefante que una hormiga odia.

Antes de herir, Barkilphedro ya percibía con alborozo un semisabor de la acción ruin que quería cometer. No sabía todavía cómo obraría contra Josiana, pero estaba decidido á dañarla, y era bastante ya haberse decidido.

Aniquilar á Josiana hubiera sido conseguir un éxito demasiado grande, y no lo esperaba; pero humillarla, empuñecerla, desolarla, ver rodar lágrimas de rabia de sus ojos soberbios, esto sí que lo creía. Figurábase haber encontrado ya el defecto de la armadura de oro de Josiana, y quería hacer brotar por él la sangre de esta mujer olímpica. ¿Qué beneficio le reportaba esto?, volvemos á decir. Un beneficio inmenso. Devolver mal por bien.

¿Qué es un envidioso? Un ingrato, que aborrece la luz que le alumbraba y le calienta. Zoilo aborrecía al bienhechor Homero.

Conseguir que Josiana sufriese lo que hoy llamamos una vivisección, ponerla convulsiva en la mesa de la anatomía, diseccionarla viva por capricho, despedazarla por afición mientras estuviese lanzando gritos de dolor, era lo que se proponía con suma alegría Barkilphedro.

Para llegar á conseguir ese resultado tendría él que sufrir algo, pero esto no le importaba. ¡Si el cuchillo al caer os corta los dedos, no importa! Participar algo del tormento de Josiana le tenía sin cuidado. El verdugo que maneja el hierro candente, si se descuida, también se quema; pero con tal de que otro sufra mucho más, nada siente el que sufre menos. Ver como se retuerce el sentenciado os quita el propio dolor. Haz lo que daña, y suceda lo que quiera.

El mal que hace recaer sobre otro se complica con una aceptación de responsabilidad obscura. Uno mismo arriesga el peligro que se hace correr á otro; pero esto no arredra